

MIGUEL TOMÁS-VALIENTE

El hijo ausente



451.http://

Desde el recuerdo constante...

*If there were water
And no rock
If there were rock
And also water
And water
A spring
A pool among the rock
If there were the sound of water only
Not the cicada
And dry grass singing
But sound of water over a rock
Where the hermit-thrush sings in the pine trees
Drip drop drip drop drop drop drop
But there is no water*

T. S. ELIOT
The waste land

*Si hubiera agua
En lugar de piedras
Si hubiera piedras
Y también agua
Y más agua
Un manantial
Un estanque entre las piedras
Con que solo se escuchara el sonido del agua
Y no el canto de la cigarra
Y la hierba seca
Sino el sonido del agua sobre una piedra
Donde el zorzal canta entre los pinos
Drip drop drip drop drop drop drop
Pero no hay agua*

T. S. ELIOT
La tierra baldía

TAN SOLO TENÍAS TRES MESES. ERAS UN BEBÉ COMO TODOS, pero eras el nuestro. Nuestra razón de ser, nuestra ilusión, nuestro tesoro. Eras un bebé: poco más de seis kilos de peso. Pero también un compromiso, un desafío, un símbolo y una promesa.

Solo tenías tres meses y yo me quedaba despierto muchas noches mirándote. Pero esa vez no fue por vigilar tu respiración por lo que no pude dormir. Cuando me harté de dar vueltas en la cama, me levanté, bajé al garaje y conduje por la ciudad, sin rumbo fijo, como perseguido por el demonio que todo lo sabe, cambiando de emisora en emisora en busca de información. En cuanto llegaron los primeros periódicos (tres vascos y dos de tirada nacional) a la estación de Abando, compré un ejemplar de cada uno.

Escuché todos los informativos en la radio, leí todas las noticias y comentarios de los periódicos y vi todos los telediarios matutinos en todas las cadenas de televisión. Absolutamente todos se hacían eco del suceso: a las puertas del hospital de Basurto, en Bilbao, un grupo de no más de veinte militantes de HB había desplegado una pancarta pidiendo la liberación de los tres jóvenes dete-

nidos por el ataque a la Librería Luna perpetrado la noche anterior y como consecuencia del cual la hija del propietario, Lucía Luna, estaba siendo operada en esos momentos en el mencionado centro médico. Añadían que, transcurridos unos treinta minutos desde que los manifestantes exhibieran la sábana y se sentaran a gritar sus consignas, apareció el padre de una de las detenidas, destacado miembro de la Mesa Nacional del partido ultranacionalista. Todas las emisoras y las cadenas de radiodifusión, todos los artículos y las noticias coincidían también en que, unos instantes después, varios amigos y familiares de la joven ingresada salieron —salimos, puesto que yo también formaba parte del grupo— del hospital. Unos medios de comunicación aseguraban que alertados por alguien y «con ánimo vengativo», otros que desconociendo la presencia de los alborotadores, pero todos los que consulté volvían a coincidir en que el grupo que salía del hospital se dirigió, encabezado por el librero, hacia el de los manifestantes («pacíficos», para unos; «en incuestionable actitud desafiante», para otros) mientras la seguridad privada del hospital empezaba a movilizarse.

Una cámara de la televisión autonómica vasca tomaba las imágenes del suceso: el padre de la muchacha hospitalizada —«intervenida quirúrgicamente de sus múltiples quemaduras en la cara, la cabeza y el cuello», comenta el reportero— increpa y amenaza al de la detenida. En la grabación emitida después por todos los canales se percibe en algunos momentos que alguien —alguien que, por desconocido o por no ser protagonista hasta entonces, no interesa a quien filma— trata de sujetar al librero, de impedir que caiga en la provocación. La cámara de ETB enfoca al dirigente *abertzale*, que, en

castellano primero y después en euskera, dice claramente y entre risas secundadas por sus partidarios: «Si no sabéis apagar un fuego, llamad a los bomberos». Por los movimientos descontrolados de las imágenes, se deduce que, a continuación, se incrementa la violencia de unos empujones que llegan a afectar a quien, cámara al hombro, las está registrando. Una vez que recupera el pulso y aferra su máquina, lo primero que se ve con claridad es mi puño impactando en la cara del dirigente de HB, al que se ve caer.

A veces no sirve, hijo. A veces, todo lo que has aprendido en la escuela, el instituto y la universidad; todos los valores que intentaron inculcarte tus padres; lo que la disciplina y el estudio han logrado conformar como una manera de ser adulta, equilibrada, tranquila y civilizada, no sirve. A veces, todo esto no sirve. A veces el instinto se cuela por las rendijas de humanidad que las normas no intentaban reprimir y uno descubre que la ternura de contemplar cómo duerme su hijo o la lealtad hacia un amigo están arraigadas a su forma de ser con terca firmeza.

Respiré tranquilo cuando, después de tres horas indagando, pude comprobar que ninguna de las fuentes en las que me había informado decía nada de mi presencia, nadie parecía haber reconocido al juez amigo del padre de Lucía. Aunque disfrutaba de una recién concedida excedencia por cuidado de hijo menor de tres años, por supuesto, yo seguía siendo juez. Un juez es una persona que representa la legalidad. Allá donde esté. ¿Sabes, hijo? Es, en ese sentido, como un cura: siempre y en todo lugar es cura, no solo en la iglesia; y, aunque la inmensa mayoría no se comportan como tales casi ni dentro de los recintos sagrados, es lo que deberían hacer. Un juez siem-

pre, siempre, siempre está del lado de la ley. Aunque esté en contra de su ideología o de sus principios, aunque le duela el alma, nunca, nunca, nunca debe transgredir la ley. Por eso los jueces son pieza clave en cada sistema político; por eso, porque si no se volverían locos, los jueces, por lo general, creen en el sistema legal que tienen que hacer cumplir. Actuar como yo actué fue romper conmigo mismo. Desobedecí una norma básica. Aunque en esos momentos no lo sabía, aunque tardé nueve años en abandonar la carrera judicial, al dar ese puñetazo dejé de ser yo mismo. Dejé de ser juez.

Un juez es una persona que representa la legalidad. Es decir: también es una persona. En aquella ocasión, yo me comporté como una persona, no como un juez. Pero no me arrepiento de aquel puñetazo. De lo que me culpo es de no haber sabido prever sus consecuencias.

Esa mañana nos íbamos los tres —Elisa, tú y yo— al pueblo de tu madre para instalarnos allí una temporada. Tu abuelo estaba muy enfermo y ella quería que su padre disfrutase de ti los últimos días de su vida. Para eso había solicitado yo la excedencia. Para acompañaros y seguir cuidando de vosotros dos.

Desde la cocina, sentado a la mesa mientras apuraba mi desayuno, la vi asomarse al cuarto donde Belén, la chica que habíamos contratado para cuidarte, se despedía de ti. Os dio un beso a cada uno.

—¿Puedo bajar yo al niño?

—Claro, Belén —contestó tu madre con esa sonrisa triste que la inminente muerte de tu abuelo le había dibujado—. Pero espera, que hace frío para él. Baja luego con Tomás; yo voy a acercar el coche. Bueno..., entonces te iremos a buscar a la estación el lunes por la tarde, ¿no?

Sentado frente a un tazón de café con leche, pensé cómo había madurado Elisa aquellos últimos días. Casi se podía afirmar que estaba radiante. Me extrañó pensar eso, pero no tardé en comprender el motivo: aunque estaba a punto de perder a su padre, sentía la satisfacción de ser ella quien le iba a proporcionar los últimos momentos de felicidad.

—Traigo el coche y te espero en la puerta. ¿Podrás con todas las maletas?

—Sí, claro —contesté yo—. Está aparcado junto a la floristería; un poco antes de llegar, nada más pasar la esquina... Lo dejé ahí cuando volví de comprar los periódicos.

—De acuerdo. ¿Y las llaves?

Las saqué del bolsillo de mi pantalón y se las ofrecí.

—Entonces..., ¿nos vemos en el portal dentro de cinco minutos?

Elisa asintió. Bajó a la calle, entró en el coche y, en el instante en que giró la llave para arrancar el motor, se produjo una terrible explosión bajo sus pies.

Hay momentos en la vida en los que un hombre no puede pensar nada; el desgarró oscurece la razón y solo se siente lo animal, lo íntimamente instintivo. La bomba que mató a Elisa encendió una llamarada en mi garganta, una hoguera en la que morían todas las palabras, todas las razones y toda mi bondad; sentí que me arrancaban de cuajo el aliento y que, por la herida, mis ganas de vivir, hirviendo, manaban a borbotones. Corrí desparovido en cuanto se oyó el estruendo de la detonación. Salí a la calle. Diez o doce personas miraban la escena inmovilizadas por el susto y por la vergüenza de sentir el alivio de que el muerto no fuera suyo. Me arrodillé, tomé

el cuerpo inerte de Elisa y lo apreté contra mí. Lloré con desconsuelo; sé que lloré con desconsuelo. Y también sé que fui incapaz de oír mis gritos.

Después del atentado, durante años, tuve miedo a dormir. El diagnóstico era depresión. Pero, además, yo tenía miedo a dormir. Miedo de verdad —el miedo que solo se tiene a aquello que escapa a nuestro control—. Iba arrastrándome por el pasillo de casa, desolado y exhausto, hasta que mi cuerpo no aguantaba más y me quedaba dormido. Y, entonces, mis temores se justificaban porque, indefectiblemente, soñaba con las imágenes de la muerte de Elisa. Sentía con tanto verismo el último calor de su cuerpo, percibía el espesor de su sangre entre mis dedos con tanta certeza que, al despertar, miraba incrédulo mis manos secas; me dolía tanto su cuerpo deshecho, era tan real su muerte cada vez que la soñaba que, a pesar de su tenaz recurrencia, el ensueño se parecía siempre más a los hechos tal como sucedieron que a las anteriores ocasiones en que había soñado lo mismo.

Cuando dormir es un calvario, se termina por preferir el cansancio a la promesa, en tantas ocasiones incumplida, de un reposo que no llega, y uno ya ni se acuesta. Se va quedando traspuesto en el sofá mientras ve una retransmisión deportiva o un telediario, duerme diez minutos sentado en la silla de la cocina, un rato en el metro o en el autobús: una hora aquí, media allá, con luz, vestido, la mayoría de las veces sin siquiera descalzarse ni estirar las piernas... El mecanismo de la autodestrucción se pone en marcha: una rueda dentada hace que se mueva otra y, así, del miedo a soñar surge el rechazo a dormir, el no dormir genera cansancio, el cansancio es la

causa de que uno descuide la guardia y de que, al cabo de un tiempo, a uno lo venza el sueño —casi siempre por sorpresa—. Entonces, el trágico episodio se convertía otra vez en el contenido de la ensoñación y yo volvía a oír el sonido ensordecedor de la bomba-lapa y sentía que mis piernas echaban a correr, y, aunque un resquicio de esperanza de que no hubiera sucedido lo que sabía que había sucedido acompañaba mi carrera, siempre presentía lo peor. Sabía que había muerto. Que estaba muerta.

El sentimiento de culpa te hunde en las simas de la impotencia. La autodestrucción, en efecto, se ha puesto en marcha: duele, y ese dolor causado por la imposibilidad de encontrarle algún sentido a lo que no lo tiene te va mirando hasta que, ya sin fuerzas, te descubres en el centro mismo de la miseria. Pero, extrañamente, en cierta manera ese proceso es necesario, es reconfortante para mí. Y lo es porque, en la medida en que mi cerebro se sabe culpable de su muerte, autodestruirse se concibe como un ejercicio de justicia: yo era quien debía haber muerto, la bomba era para mí. Por eso, por no haber sabido proteger a Elisa, algo en mi subconsciente quería que yo sufriera. Lo creía justo.

Cada vez que he soñado su muerte, exactamente igual que cuando ocurrió, el dolor me deja una sensación de vacío inabarcable. La vida pierde sentido porque desconfío de ella. Porque la vida se ha convertido en un amigo que me ha dado una puñalada. Ya no es una playa donde juego a ser feliz; es un mar traicionero y ajeno que no me quiere dar tregua. Un mar en el que, de pronto, soy un naufrago que despierta amarrado a un tablón, perdido, sin referencias, sin barco y sin compañía... Como Tántalo, con una sed terrible, pero sin poder beber.

Nunca más he vuelto a dormir seis o siete horas seguidas. Ahora duermo algo, hay noches que tres horas, noches que cuatro, del mismo modo que hay noches que amanece y no he dormido nada. Pero es innegable: gracias al tratamiento que inicié hace un par de años y parte del cual consiste en escribirte esto, mi estado anímico ha mejorado considerablemente.

14

He creído oportuno empezar por el relato del momento crucial de nuestras vidas. Porque, en realidad, yo no quiero contarte la mía. Más bien pretendo que me comprendas a través de las historias de padres e hijos y de las relaciones de los personajes que conforman esta que me dispongo a contarte.

La idea fue de mi psiquiatra. Me habló de varios autores, de Cioran, en concreto, para quienes escribir era una especie de terapia. Me prestó un breve ensayo de María Zambrano en el que explica que el acto de escribir es una manera de revelar secretos, de sacar del silencio lo que no se puede articular con la voz por ser demasiado verdad.

—Mira —me dijo—, lo que no se puede decir, se puede escribir. Se tiene que escribir. Tú tienes algo que comunicar, que explicar... a tu hijo. A tu hijo y a ti mismo y al resto del mundo. ¿Conoces esos versos que dicen: «Pues amarga la verdad, quiero echarla de la boca»? Tú necesitas decir todas tus verdades más íntimas respecto de la muerte de tu mujer. Escribirlas, contárselas al chico, es una forma de admitirlas, de reconocerlas... Un primer paso para dejar de culpabilizarte.

—Seguramente tienes razón, pero ¿qué le explico?, ¿mi vida?

Mi psiquiatra es persuasivo. Es insistente, casi pesado. Es un hombre encantador, pero un punto demasiado in-

flexible. El doctor creía que me sería beneficioso escribirte, iniciar algún tipo de relación contigo que fuera más constante que las pocas visitas que te hago y, sobre todo —me pareció entender—, un tipo de conversación que me preparase para todo lo que tendremos que hablar tú y yo cuando seas algo mayor, cuando hayas leído estas páginas, por ejemplo...

—No es tan importante lo que le escribas como que escribas para él. Empieza por hacer esquemas... También podrías hablar con él cuando piensas; es decir, que hagas tus reflexiones, tus planes..., como contándoselos a él. Con respecto a lo que escribas, da todos los rodeos que quieras; idea un argumento falso, real o mitad y mitad; invéntate personajes que te sirvan para contar, para decir, para pedir, para exponer... Y, después, escribe.

Si te soy sincero, aquel atardecer salí de la consulta más descreído que nunca. No tenía motivos para dudar de él como psiquiatra; antes bien, como te decía, desde que comenzó a tratarme, yo me sentía mejor (también es cierto que cuando accedí a ir a su consulta ya habían transcurrido seis años desde que mataran a Elisa). Mi mejoría fue tan notoria que dos semanas después del día en que me incitó a escribirte, me firmó el alta médica y me reincorporé al trabajo por primera vez desde el atentado, transcurridos ocho años desde la triste mañana del segundo sábado de diciembre de 1996.

Hacía casi dos años que había solicitado el traslado a una vacante en un juzgado de instrucción en Madrid, ciudad a la que había decidido mudarme siguiendo a mi psiquiatra. Y, aunque parezca mentira, el primer caso que entró la primera mañana que me senté a mi mesa de juez instructor a cargo del número 27 de la

Audiencia Provincial de Madrid fue, precisamente, un asesinato.

No sé si sabrás —quizá cuando leas esto seas un joven estudiante de Derecho y ya te vayan sonando todas estas cosas— que el proceso penal empieza con lo que se llama la «fase previa», en la que se instruye el sumario del caso. El sumario es la preparación del juicio y su instrucción la dirige un juez —por supuesto, uno diferente al que presidirá el juicio oral—, que es quien toma declaraciones, quien tiene que autorizar todos los registros, las ruedas de reconocimiento, las escuchas telefónicas, las intervenciones de documentos..., y es el garante de la independencia de la investigación y de que se respeten los derechos de la persona o personas imputadas.

16

Desconozco qué habría sucedido si lo primero que hubiera tenido que instruir hubiera sido cualquier otro delito. Es más que probable que mi reacción, mi actitud, más allá de lo estrictamente profesional, hubiera sido diferente. Incluso me atrevo a pensar que lo habría sido si el caso hubiera tenido otros personajes a quienes yo no conociera de nada. Pero, y me interesa sobremanera que te quede claro este punto, de lo que estoy más que seguro es de que lo que me hizo cambiar mi escepticismo sobre la propuesta de mi psiquiatra y ponerme a escribirte esta historia fueron sus elementos constitutivos: las múltiples relaciones entre padres e hijos —todas diferentes; todas, bajo mi punto de vista, interesantes— que la sostienen y las posibilidades que ofrece de reflexionar sobre la justicia, la civilización, el hombre y la historia.

Convertir a esas personas en personajes de ficción no fue excesivamente difícil, puesto que, además de todo lo que supe al investigar los sucesos durante la fase de ins-

trucción, una vez acabada la misma, empecé a averiguar más datos de quienes tenían relación con el caso, el llamado 27/2004.

Yo conocí a Ángel Sempere en la Facultad de Derecho de la Universidad de Salamanca, en la que fuimos compañeros de promoción...